

De la popularidad de una estética anti-escuela entre los adolescentes británicos como respuesta a la presión por el logro y el credencialismo

Delia Langa Rosado¹

C. Jackson: *Lads and Ladettes in School, Gender and fear of failure*. Maidenhead, Berkshire, Open University Press, McGraw-Hill Education, 2006, 176 pp. ISBN 0-335-21770-2

El trabajo que presentamos resulta una aportación de gran interés por sus conclusiones, por su abordaje teórico y metodológico, y por el contexto en el que se realizó y las similitudes que éste no deja de tener con el nuestro. En un mundo de tantas y tan importantes transformaciones, la construcción de identidades escolares, juveniles y de género resulta sin duda una temática apasionante. Los referentes de las generaciones anteriores no siempre constituyen un apoyo, sino que, al contrario, a veces más bien son un lastre que es preciso soltar para adaptarse a los nuevos tiempos. No obstante, sólo acercándose a la realidad empírica puede constatararse en qué grado se da una u otra cosa y qué formas concretas adoptan estos procesos. Esto es justo lo que hace obra de Jackson. En concreto es un trabajo que mira cómo los jóvenes alumnos de secundaria dan forma a su subjetividad en un sistema educativo cada vez más competitivo y centrado en los logros escolares; y cómo también a través de estos procesos se manifiestan otros más sutiles de producción de desigualdades en el campo escolar. A su vez, se trata de una investigación que enfatiza el hecho de que las relaciones sociales entre los grupos de iguales son un nivel importantísimo para describir la vida de los institutos y constituyen una base a tener muy presente para acercarse a la construcción de las identidades escolares y de género de los estudiantes.

Jackson, en *Lads and Ladettes in School, Gender and fear of failure*, sitúa explícitamente sus conclusiones en un contexto educativo como el británico en el que dice predomina una cultura de los resultados, del rendimiento. Las legislaciones educativas de los 80 y 90, señala la autora, han llevado a una creciente importancia del marketing en la educación, a un clima de gran competencia entre centros y, en relación con todo ello, a un discurso en el que se enfatiza

¹ Universidad de Jaén. dlanga@ujaen.es

enormemente el papel las “elecciones” de las familias. Todo esto se concreta en una gran presión sobre los alumnos para que tengan éxito o al menos no fracasen académicamente. En este país, por otra parte, a partir del trabajo de P. Willis (1977) *Aprendiendo a trabajar*², el tema de la “laddishness” (la cultura anti-escuela de los colegas) en relación con el fracaso escolar, especialmente aplicado a los chicos, constituye una importante preocupación para todos los agentes implicados en el sistema educativo.

La investigación de C. Jackson fue llevada a cabo con un doble abordaje cualitativo y cuantitativo por medio tanto de entrevistas como de cuestionarios a alumnos, chicos y chicas, de 13-14 años, y a maestros de ocho institutos. A partir de las narrativas de los estudiantes la autora constata, en efecto, cómo éstos son plenamente conscientes de la importancia del éxito académico y de las consecuencias futuras de la obtención de credenciales. Este clima, sin embargo, puede conseguir un efecto paradójico en la valoración que hacen algunos estudiantes del esfuerzo y el trabajo en la escuela. De hecho, junto a las demandas escolares, también se aprecia cómo los jóvenes tienen que vérselas con otro tipo de exigencia: la de ser aceptados por sus iguales teniendo que adherirse para ello a determinados modelos de popularidad. Parece que el mostrar desinterés hacia lo académico se dibuja como un elemento de aceptación entre sus compañeros, lo que entronca con determinados comportamientos anti-escuela (“laddish”) que se dan entre los chicos, pero también cada vez más entre las chicas, en consonancia con nuevas visiones de feminidad. Obviamente esto entra en contradicción con la prevalencia de un discurso que valora altamente la obtención de credenciales escolares, por lo que los estudiantes han de saberse manejar en esta ambivalencia para sobrevivir en un sistema tan competitivo.

El análisis estadístico de los datos del cuestionario, por su parte, confirma que entre los jóvenes no está de moda el trabajo escolar, así como la extensión de este fenómeno tanto entre chicos como entre chicas, y entre las distintas clases sociales y todos los tipos de centros educativos de la muestra. Es una realidad que se aprecia en todas las minorías étnicas, con la excepción –señala la autora- de la minoría asiática.

Jackson va a entender el escaso ascenso de lo académico como la construcción de una excusa que les sirve a los estudiantes para proteger su autoestima de posibles fracasos escolares y a la vez para evitar no ser reconocido por sus iguales. Considera la autora que muchas de las manifestaciones anti-escuela en realidad responden a este tipo de estrategias: el rechazo o la indiferencia hacia las prescripciones escolares, o al menos la expresión pública de ellos, no constituyen sino una excusa para justificar un posible fracaso. Así entendidas los comportamientos “laddish” pueden resultar atractivos tanto a buenos como a malos escolares (además, puntualiza, lo que significa éxito o fracaso es muy subjetivo relativo y ahí la clase social puede decir mucho). Conductas como el presentarse a uno mismo como mal estudiante, no interesado por la escuela, pueden servir como justificaciones ante los demás e incluso ante uno mismo de unos reales o futuribles bajos rendimientos. En otros casos, estas mismas expresiones

² En la actualidad existe un debate muy interesante, en el que obviamente se enmarca el libro que aquí se presenta, sobre si el fenómeno identificado por P. Willis es ahora menos específicamente blanco y de clase obrera, o al menos se ha popularizado también entre las clases medias y entre diversos grupos étnicos, como sugieren Francis 1999; Archer, 2003, 2005; Power et al., 2003, y la propia Jackson 2003.

pueden ayudar a obtener buenos resultados, pero salvando el inconveniente de parecer “empollón”, en tanto que las buenas notas pero sin esfuerzo serían valorados como un mérito, una genialidad.

En ocasiones una estrategia defensiva puede concretarse en esconder el hecho de que se esfuerza uno en las tareas escolares, por ejemplo, trabajando en ellas sólo en casa, pero contrarrestándolo con cultivar activamente una imagen de desafección por lo académico. Otras estrategias más indirectas pueden ser demostrar ante los amigos que, aunque se trabaje académicamente, uno es suficientemente sociable fuera de la escuela. Aquí el factor tiempo es muy importante y el poseer determinado tipo de recursos hace que unos estudiantes se vean más favorecidos que otros. Por ejemplo, aquellos que disponen en su casa de internet, libros, etc. pueden más fácilmente hacer sus deberes. Por otro lado, aquellos que consiguen ser considerados “guay” por el tipo de ropa y bienes de consumo que poseen y/o por tener un físico atractivo, pueden contrarrestar más fácilmente el efecto de la impopularidad de su dedicación escolar. Todo ello, en definitiva, apunta a un ideal de alumno de clase media, heterosexual y blanco que hace que sea un determinado tipo de estudiante el que cuente con más recursos para equilibrar las demandas tanto académicas como sociales y además aparentemente de un modo natural, nada esforzado. Sin duda estas conclusiones de Jackson nos hacen recordar el “doble liberalismo de las clases medias” del que hablan Dubet y Martuccelli (1998), que sabe hacer perfectamente conjugables la competencia y la autenticidad. Resulta muy sugerente, pensamos, y queremos destacar, cómo C. Jackson enlaza todos estos complejos procesos de subjetivación de los estudiantes con la temática de la producción y/o reproducción de desigualdades sociales.

En lo que al género se refiere, desde el clásico trabajo de P. Willis, se admite como una dimensión de una masculinidad hegemónica entre los chicos la impopularidad del trabajo escolar, en tanto que es considerado peyorativamente “femenino”. No obstante, si esto es lo que está tras los comportamientos y actitudes anti-escuela de los “colegas” entre los varones, dejaría de explicar el fenómeno para las chicas. Entre éstas, en efecto, empieza a emerger, constata la autora, un nuevo modelo de feminidad que valora el ser una chica viva, asertiva, hedonista, etc. y que en este sentido no aprecia el trabajo académico e incluso manifiesta una explícita oposición a todo lo que puede acercarse a la identidad de la “empollona”. Estos resultados contravienen, por tanto, la difundida imagen, surgida a partir del auge de los discursos feministas, de que las chicas consiguen siempre mejores resultados académicos que los chicos. Jackson confirma la existencia del fenómeno (bastante mediático, por cierto) “ladette”, de sus efectos escolares potencialmente negativos y de que no sólo se da entre las clases más bajas.

Pero no todos los aspectos de la “laddishness” son problemáticos, destaca la autora. El aumento de la confianza y la asertividad entre las chicas es un cambio bastante positivo. Sin embargo, concluye igualmente, el rechazo o la indiferencia hacia el esfuerzo y lo académico en general puede tener consecuencias problemáticas para muchas de las estudiantes. Aunque a corto plazo son para muchas de ellas estrategias doblemente defensivas, en realidad no les ayudan a evitar el bajo rendimiento o el fracaso, e incluso pueden hacer más probable que tengan lugar procesos de autoderrota, hallándose, insiste la autora en el tema de la desigualdad, las escolares de posiciones sociales más bajas en peores condiciones.

Finalmente destacaremos cómo esta investigación, que se acerca a un nivel empírico micro, no deja de prestar atención a los marcos, discursos y estructuras educativas y sociales en los que se incardinan en las experiencias de los alumnos. De ahí lo sugerente de las recomendaciones con las que concluye Jackson. Así propone que los profesores y los centros deberían crear un clima en el que hubiera razones positivas para aprender evitando con ello las estrategias defensivas de los estudiantes. De este modo disminuiría el clima competitivo y volcado en los resultados de las escuelas y en éstas se podrían desarrollar unos ambientes más cooperativos de aprendizaje en que se valorara el esfuerzo y no tanto los logros finales. Queremos subrayar este interés práctico de las conclusiones de la obra en tanto pensamos que es un claro resultado del carácter interdisciplinar de su marco teórico. En efecto, el intento de integración de las teorías sociológicas sobre las identidades escolares en relación con la construcción del género con un abordaje más psico-social, lleva a la autora a situar las motivaciones de los estudiantes en conexión con el nivel más macro de las estructuras y políticas educativas, en las que reclama precisamente cambios que repercutirían en el contexto escolar y las motivaciones de sus agentes.